

el lenguaje de su compañero». Y el Señor los desparramó desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad. Y por esto fué llamado su nombre Babel, porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra».

Según la mayoría de los comentaristas, en estas palabras debemos ver una intervención milagrosa de Dios, y el efecto de su maldición súbitamente manifestado en la confusión de las lenguas. Y este hecho habría dado nombre a la ciudad en que sucedió, ya que Babel; según la interpretación bíblica, significa «confusión». Algunos autores observan que el texto sagrado sólo insinúa la transformación realizada en el espíritu, antes de manifestarse en el lenguaje, y que pudo bastar para que los constructores renunciasen a sus planes ambiciosos. El lenguaje, según ellos, evolucionaría poco a poco, realizándose así de una manera progresiva esa posibilidad de evolución idiomática, que radica en la condición misma de la naturaleza humana, y que está favorecida por el pecado original. «La primera e imprevista escena de la separación de los hombres fué cosa de Dios, dice un comentarista católico; El apresuró el proceso natural, mas nada nuevo creó en Babel, sino que llevó a la conciencia de los hombres cosas existentes mucho tiempo antes».

Otros, con el mayor conocimiento, alcanzado en los últimos años del genio literario del Oriente, ven en la torre de Babel una síntesis de toda la civilización mesopotámica de los Zigurats, soberbias construcciones escalonadas, en cuyo último cuerpo se levantaba el edículo del dios que las habitaba. «La torre de las siete esferas» era la maravilla de Borsipa. Babilonia tenía también su torre de E-Temen-Anki. Herodoto nos dice que Baal tenía su cámara en lo más alto, «con un diván de grandes dimensiones ricamente adornado, y cerca de él una mesa de oro». Estaba

dividido en ocho pisos, a los que se subía por una rampa exterior; «mas cuando se llega a la mitad del camino —añade el historiador griego—, se encuentra un descanso, donde los visitantes pueden coger aliento para llegar hasta la cima». Los últimos descubrimientos han venido a confirmar esta descripción, pues los dos primeros pisos estaban todavía intactos bajo los escombros.

No debemos olvidar, sin embargo, que Babel no hace más que recoger una tradición anterior, lo mismo en el orden religioso y literario que en el arquitectónico. Babilonia surge al primer plano de la historia con su primer rey Sargón hacia el año 2800 antes de Jesucristo, cuando en la desembocadura del Eúfrates se habían hecho ya famosas y poderosas otras ciudades, cuya cultura va a heredar y ampliar. Entre ellas estaba precisamente Ur, la patria de Abraham, que tenía también su dios especial, Sin, y su templo y su Zigurat, levantado por Ur-Namú antes que el yugo babilónico cayese sobre las ciudades sumerias de la desembocadura del gran río. También él ha sido excavado recientemente. De sus tres pisos sólo se conserva el primero, que tiene veintidós metros de altura, juntamente con su escalera exterior de cien escalones. El nombre que se le daba es bien significativo: se le llamaba la Montaña Divina. En lo más alto estaba la figura de Sin, de la misma manera que en el E-Temen-Anki de Babel, estaba la de Marduk.

Esta cultura de los Zigurats es esencialmente politeísta e idolátrica. Yahvé Elohim debía castigarla con la confusión y la lucha consiguiente, tal como se nos insinúa en el relato bíblico y se confirma por la historia posterior. A la luz de los últimos descubrimientos aparece con nueva claridad el sentido de este pasaje famoso del *Génesis*, que en definitiva nos recuerda uno de los momentos críticos de la Historia.